

ALTAFULLA EN EL RECUERDO¹

Javier Masoliver

1. Con ojos infantiles

Pertenezco, por la rama materna, a la familia Martí, originaria del desaparecido municipio de Tamarit y, desde hace más de cuatrocientos años, estrechamente ligada a la villa de Altafulla y a toda la cuenca del Gaià, desde Vila-rodona a su desembocadura y a otras zonas de la provincia de Tarragona: Vila-seca, Valls, la Pobla de Montornès...

Aunque nacido en Barcelona, desde muy pequeño me he sentido un altafullense más y siempre digo que casi lo soy en sentido estricto, pues mi primera estancia en la villa fue a los dos meses de nacer, estancia que se prolongó algo menos de un año (más adelante concretaré las fechas). Posteriormente, las visitas familiares tenían lugar en las vacaciones de Semana Santa y el periodo veraniego. Primero en la Casa Gran y a partir de 1952, en la casa que adquirieron y rehabilitaron mis padres en la calle Nueva (hoy carrer Major), con salida de coches a la *placeta*.

Mis primeros recuerdos, más o menos desdibujados, pero de los que soy consciente, deben corresponder a mis tres años: dormíamos, mi hermana y yo, en una habitación de la planta de calle de la casa, precisamente la que quedaba al lado del oratorio (hoy oficina del albergue), al cuidado de tía Luisa Salazar, hermana soltera de mi abuela Mercedes. En esa planta se encuentra una gran terraza y una escalera que comunica con la terraza del piso principal. También hay otra escalera, cerrada con una verja, que desciende al piso del garaje (calle Sant Martí). La gran terraza y el cuarto de jugar (la bóveda) era nuestro “hábitat” natural; solamente para las comidas

¹ Nota de la redacció: a finals de juliol de 2024 moria a Madrid, la seva residència, el soci Javier Masoliver de Martí, descendent de Martí i Franquès, que havia viscut la seva infància entre Barcelona i Altafulla; població, aquesta última, on sempre va passar temporades, fins a la fi dels seus dies.

Persona culta i conversador agradable, es guanyà l'afecte general per la seva bonhomia i senzillesa.

Havia manifestat al Centre la seva voluntat d'escriure una sèrie de relats breus de caire memorialístic, relacionats amb la seva infantesa aquí i ens va fer arribar una mena d'índex amb una trentena de temes. Malauradament, només en va poder enviar un, que és el que reproduïm. Que descansi en pau.

subíamos al último piso, donde se encontraba la cocina, el “office” y el comedor (esa gran ventana que centra la fachada sur de la casa, de la que más adelante hablaré). Nuestras salidas eran, principalmente, a la playa en las horas de mañana y un paseo a San Antonio, o ir a pasar la tarde al “huerto de las bombas”, propiedad de la hermana de mi abuelo, María Luisa de Martí, con la que vivían mis primos Cellier y su madre Dolores, hermana mayor de la mía. El huerto era para nosotros un verdadero paraíso, con múltiples atractivos para unos niños que pasábamos la mayor parte del año en el asfalto barcelonés.

Antes de ser consciente de su presencia, los nombres de Teresa, Manuel, Concha, Joaquina, Mariano, Cayetano, Antón... y tantos otros, me eran totalmente familiares, pues en las conversaciones referentes a Altafulla, siempre salía a relucir alguno de ellos. Esto no tiene nada de extraño al tratarse de personas que, de una forma u otra, tenían relación con la familia desde tiempo inmemorial. Teresa —o *Tereseta*— mujer de Manuel Farreras (de Ca l’Apotecari), Concha Vidal, casada con Rafael —de Ca Pansó—, Mariano Sordé y su mujer Antonia, entrañable panadero y taxista, los hermanos Magriñá: Cayetano, Pepet y Antón, eslabones de una estirpe de magníficos carpinteros, verdaderos maestros de la ebanistería; también hablaré más adelante de todos ellos. Por eso cuando los vi por primera vez no los extrañé, pues me parecía que los conocía “de toda la vida” —lo cual era casi cierto, ya que me habían conocido de recién nacido. Joaquina Pons Centelles, la entrañable *Quimeta*, aun recordaba poco antes de morir, alguna “inundación” cuando me tenía en su regazo.

2. Mis primeras andanzas por el pueblo

Cuando hacía buen tiempo jugábamos en la terraza, que entonces me parecía enorme, había una tortuga que nunca he entendido de qué se alimentaba y, a un lado, la reja, permanentemente cerrada, tras la cual estaban las escaleras que conducían al patio del garaje, cuya puerta cochera daba al *carrer de Baix* (o de Sant Martí), donde estaba la entrada al torreón y el garaje. Lógicamente, toda esta zona nos estaba rigurosamente prohibida a los niños, pues al pie de esas escaleras se encontraba un pozo de agua potable de más de treinta metros de profundidad que, mediante un motor, surtía de agua corriente a toda la casa (parece ser que cuando se realizaban las obras de acondicionamiento del albergue, alguien, erróneamente, contaminó dicha mina, por lo que supongo que dicho manantial sigue inutilizado).

También en la planta baja, al nivel *carrer de Dalt*, existía una gran cisterna de la que ese extraía el agua “para beber”, realmente fresca. No sé si sigue hoy en día operativa.

Las calles no estaban asfaltadas y las aceras, salvo en algunas casas de los impares del *carrer de Baix*, y en la carretera, eran prácticamente inexistentes. Pienso

que una de las posibles razones era la de facilitar la entrada de los carros en las casas. No hay que olvidar que en aquellos años Altafulla contaba con más de cincuenta carros con sus correspondientes caballerías (*cavalls, matxos, mules y rucs*). Para un niño de mi edad ¡y urbanita! era un maravilloso espectáculo la llegada de los payeses, al atardecer, parando ante uno de los tres *abeuradors* (abrevaderos), uno en la calle del Hostal, a la entrada del pueblo, otro bajo el torreón de la casa gran, en el *carrer de Baix* y el tercero, junto al arco de la plaza del Pou. En cada uno se formaba una cola de carros, mientras los animales bebían agua, antes de ir a la cuadra.

¡Qué delicioso era para mí ir en carro! Y si, además, me dejaban llevar las riendas... ¡la gloria! Me sentía el rey del mundo (¡a los diez años!). Manuel de Ca l'Apotecari, Jaume de Pep de l'Era, Quimet (Vidal) de ca l'Alabat, Pepito de Guasch (Josep Ferré), Manolo Ramón "*del Rubio*", Eugenio Pijoan "*del Hostal*"... y tantos otros, aguantaban mis "asaltos" pidiéndoles que me llevaran, a lo que, amable y pacientemente, accedían.

Pepito de Guasch y Manuel Farreras, además de otros campos, cultivaban cada uno una parcela en el Huerto de las bombas y yo, egoístamente, siempre les daba la lata. Manuel era algo socarrón —si un hombre de un magnífico buen carácter como él puede serlo—, y Pepito, siempre de buen humor, era muy bromista. Un buen día bajaba por el camino de la Estación llevando en el carro un artefacto de madera de un color que había sido azul, parecido a una cuba alargada —¡como que era, en efecto, una cuba!— pero para transportar un líquido "muy especial" que se producía en todas las casas y que servía para abonar la tierra... Ya me entendéis de que se trataba... "Pepito, Pepito, por favor déjame subir" "*No, nen, que això és perillós i també taca*" "Vaa, Pepito"... tanto insistí que no tuvo más remedio que aclararme lo que transportaba: "*Tu mateix, després no vinguis amb "cuentos" si la mamá s'enfada..., això que tragem és m....*" Bueno, el caso es que subí, y al trasponer la puerta del Huerto de las Bombas, nos encontramos a mis tías que subían al pueblo: "Hola, ¿dónde vas?", me preguntan, y yo muy serio les digo: "Ya lo veis, estoy con Pepito "*traginant m...*" ¡Y me quedé tan contento!, y ellas... ¡estupefactas! Tengo que aclarar que en casa no hubo ni riña ni castigo. La confianza que tenían en personas como Pepito estaba por encima de cualquier enfado. Incluso sospecho que al enterarse mi madre por comentario de su hermana dejó escapar una sonrisa.

3. Mi relación con las gentes de Altafulla

Han pasado más de setenta años y algunas escenas de esta época permanecen frescas en mi memoria como si fueran recientes...

¡Qué fascinante era para mí la estancia en Altafulla!

Terminaba el colegio hacia el 21 de junio y todo mi interés era llegar allí cuanto antes... Realmente, era una Altafulla muy distinta: no creo que su población llegase a los 800 o 900 habitantes, todo el mundo se conocía, los enlaces de parentesco eran numerosos y se designaba a la gente por el “*renom*” de la familia o de la casa. Al cruzarte con alguien en la calle era costumbre saludar: “*Adeu siau*”, “*Bon dia*”, “*Bona nit*”..., de modo que al volver a Barcelona me extrañaba pasar al lado de alguien como si fuera una estatua.

Yo disfrutaba, pues, con frecuencia, al pasar delante de alguna casa: “*nen, ¿vas a casa? Digues a la mamà que ja tenim mongetes (o tomàquets, bledes. etc)*. Con lo que yo, convertido en mensajero, llegaba, ufano, con el recado.

¡Las horas que he pasado en la carpintería Magriñá viendo trabajar a los componentes de dicha familia! Como decía más arriba, se trataba de tres hermanos (el cuarto vivía en Torredembarra), Cayetano (le llamaban *Cayetanu*, en cambio su sobrino sacerdote sí era Gaietà), Josep (*Pepet*) y Antón; el primero y el tercero eran solteros y *Pepet*, casado y padre de cuatro hijos: Gaietà, sacerdote, Martí (que fue alcalde en los años 70), José M^a y Francisco. En aquella época los dos últimos eran todavía niños (creo que Josep M^a es, más o menos, de mi edad) y Martí, como su primo Juan, de la Torre, trabajaban en el taller familiar. Me tengo por un aceptable “manitas”, lo que hoy llaman *bricoleur*, bricolador, y creo que la afición y la destreza se la debo a sus enseñanzas, sobre todo a Antón, que tenía más paciencia conmigo que “el santo Job”.

También le daba la tabarra a Mariano Sordé (*Marianet*), panadero y único taxista. En especial a la hora de preparar la “*fornada*” (primero formando las piezas de masa en unas largas bandejas de madera, y más tarde, la para mí emocionante, fase de introducir, o extraer, las piezas del horno). Éste se alimentaba con fajos de ramas de pino, se prendía fuego y, cuando ya eran brasas se iniciaba la cocción. ¡Había que ver con que aparente facilidad manejaba Mariano las largas palas con que manipulaba las piezas para introducirlas, o sacarlas del horno! ¡Y qué bueno era el pan recién hecho! En aquella época, el pan todavía era “*negre*”, es decir: debido a la escasez de trigo, se mezclaba con una parte de salvado (la cáscara del grano de trigo), considerándose un verdadero lujo el pan blanco, sólo de harina. ¡Exactamente a la inversa de hoy en día, en que el “pan integral” se considera una especialidad ¡y de mayor precio!...

Tengo la impresión de que, debido a su trabajo como panadero, Mariano tenía un verdadero déficit de horas de sueño, lo que se reflejaba en su faceta de taxista, pues aprovechaba cualquier rato de espera al volante para entornar los párpados. En verano prestaba un servicio de taxi para subir a las familias desde la playa del Fortí. La parada estaba en el final del camino que, desde la carretera constituía la prolongación de la bajada de Rigalt, y, pasando bajo la vía, moría en lo que hoy es la calle Pons d'Icart. Allí se organizaban los turnos, generalmente destacando a uno de los niños,

de forma que, apoyados en el muro que cerraba el pinar de Voramar, organizábamos una verdadera tertulia... que alguna vez degeneró en discusión, ante la sospecha de que alguno se estaba “colando”.

Durante un par de años, por razones para mí desconocidas, —creo que, en parte, por el mal estado del camino— Mariano dejó de prestar el servicio de “taxi playero” lo que ocasionó que el joven Isidoro Plana, con ánimo emprendedor, equipase el carro familiar con una “vela” o capota, con lo que sustituyó la tracción mecánica por el “macho”, con el único inconveniente de que la duración de la subida a casa era manifiestamente más larga. Hasta hace pocos años la vela permanecía colgada del techo de la entrada de la casa de los Plana, en el *carrer de Dalt*, hoy ocupada por la peluquería de un familiar.

4. La playa

La bajada a la playa, generalmente a pie, constituía un verdadero ritual: una vez equipados con el traje de baño, el sombrero de paja, el flotador, la toalla etc., esperábamos en la entrada a mi madre y a otros familiares para iniciar el camino, habitualmente por el *Pujol*, pasando por el campo de fútbol de *Voramar* y, bordeando el *Prat* llegábamos al pinar de *Voramar* y, finalmente a la zona de casetas en la playa del Fortí. Recuerdo que en esa época existía un camino que, como continuación de las Botigues de Mar, pasaba por detrás de la portería, lado mar, del campo de fútbol, casi desaparecía delante del *Prat* y, separado de la arena por una línea de pitas y otros vegetales, bordeaba el Pinar, llegando hasta el rincón del Fortí. Tal camino existió hasta los años sesenta, en que, por causas que desconozco, desapareció.

En aquellos años la playa estaba poco frecuentada y, a principio de temporada se instalaban, tras la obtención del preceptivo permiso en la Comandancia de Marina de Tarragona, unas catorce o quince casetas de madera, con su correspondiente toldo —cubierto con una capa de cañas procedentes del río Gaià— de uso privado, tal como aparecen en algunas postales de la época, generalmente editadas por el fotógrafo de Tarragona Raymond.

Hacia las 10,30 h empezaban a aparecer las familias de bañistas, generalmente integradas por las mamás y los niños, ya que los padres y demás varones mayores disfrutaban únicamente, salvo en el período de vacaciones, de la mañana del domingo, puesto que todavía no se había generalizado, en los años sesenta, la “semana inglesa” (es decir: el fin de semana empezaba el sábado por la tarde). En torno a las 13,30 h se iniciaba el retorno a casa, generalmente utilizando los servicios de taxi de *Marianet*, por lo que hacia las 14 h la playa quedaba prácticamente desierta. Por la tarde la asistencia era muy reducida limitada a algunas de las “chachas” de las familias veraneantes y, eventualmente algún pescador de caña, generalmente en las rocas del Fortí.

Ya entrados los años sesenta, con la aparición de los campings y los primeros compases del turismo, comenzó la masificación de bañistas.

A principio de esa década, un grupo de entusiastas fundó en la playa, junto a la salida de la Rasa, el Club Náutico Altafulla con el fin de difundir la afición a los deportes náuticos, en especial la vela y la pesca, y agrupar las embarcaciones que, hasta ese momento estaban dispersas por la playa. También en esos años aparecían los miembros de una Escuela de Vela francesa, que, con sus embarcaciones ofrecían un bonito espectáculo. Si la memoria no me falla, se alojaban en “los apartamentos de Nadal”, en el naciente “barrio de mar”.